

EL DÍA DESPUÉS. MEDITACIÓN DEL ERROR

ANA TERESA TORRES
ARTICULISTA

Controversia

Lleve duro esta noche mientras escribo y apenas veo en la oscuridad de la ventana un foco de luz que se moja impenitente, reflejándose sobre el cemento. Me ajusto los lentes para distinguir algo más pero es solamente eso, la escasa iluminación que cae en la tierra mientras se empapa y a lo lejos un ruido de motor. Esta noche, pienso, lo que veo es el espejo de lo que siento y sé que a la misma hora millones de venezolanos se hacen las más diversas conjeturas. Esta noche todos buscamos la iluminación y es pobre la que tenemos pero desde ella, sea cual sea su potencia y su signo, debemos interrogarnos. La oscuridad no puede ser un permanente estado del alma. Es necesario que nos amanezca y a plena luz nos pensemos, nos propongamos una indagación tanto tiempo preterida. Casi todas las aclaraciones vienen después de las noches oscuras, cuando salimos de la penitencia a que nos ha expuesto el

error. Y no es que los venezolanos seamos seres más equivocados que otros o que cultivemos una decidida vocación por el desacierto, y mucho menos que algún dios enemigo haya trazado nuestro destino al disparate. No, se trata más bien, me atrevo a afirmar, de una difícil relación con el común y humano error: Una suerte de rápido reconocimiento –“esto está malo” diríamos coloquialmente– y una inmediata reparación, que no se detiene en las causas ni razones, sino que atenta a una vertiginosa sustitución de lo que “nos quedó malo” por la clarividente ocurrencia que nos ha sobrevenido. Y es cierto que a veces alcanzamos soluciones mejores pero nos queda siempre la deuda pendiente del error no analizado, o para no ser tajante, brevemente analizando. Así escuchaba hoy en la concentración frente a Pdvsa a una joven, seguramente inteligente y preparada, que por el micrófono nos daba la solución al “error”: “¡Eduquemos al pueblo para que no vuelva a equivocarse!” Seguida o antecedida –no recuerdo bien de otro joven que aseguraba: “Ganaremos porque tenemos

la razón, el conocimiento y las ideas”. El lector habrá comprendido ya que la solución al “error” era la ilustración; receta que en cierto sentido comparto pero no a secas, y sobre todo no sin detenerme en que es tan vieja como el positivismo ilustrado que tampoco nos sacó las papas del fuego.

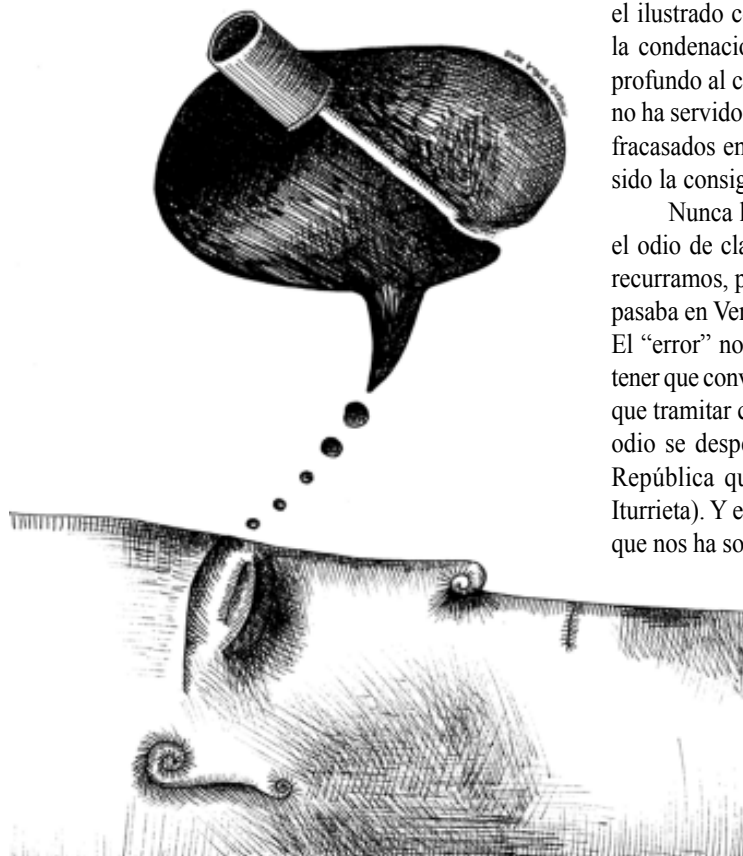
Tendríamos entonces que disponernos a analizar el “error” con más disposición de tiempo y en un ánimo más templado, porque este “error” no es el único posible, y al dejarlo atrás, como muchos esperamos, debemos tener por seguro que otros nuevos errores nos esperan en el futuro. En verdad, la equivocación no se disuelve mediante la respuesta ilustrada; si fuese así, la humanidad iluminada estaría exculpada de meter la pata y la historia no lo demuestra. El error tiende a enconarse hasta tanto nos comprometamos a comprenderlo, a entender en nosotros por qué le hemos dado aliento y lo hemos creado y ayudado a extender sus tentáculos. Los errores tienen tendencia a diseminarse y a contagiarse, para peor consecuencia. El error exige la ingrata tarea de que lo tengamos en cuenta, lo tratemos con respeto, y lo temamos porque es parte nuestra. Al fin y al cabo, los errores no existen; sólo hay seres errados.

Y ya en cuanto al “error” que nos concierne y nos desvela porque ha sido error con mayúsculas, me pregunto

en qué nivel de nuestra sentimentalidad colocarlo; y qué se preguntarán otros insomnes, que sin duda habrá muchos esta noche. Seguramente abundarán los análisis de los “errores” políticos: lo que se debió hacer y no se hizo; la estrategia que no se trazó bien; la personalidad de cada cual. En fin, toda la serie de “si se hubiese hecho tal cosa”. Más no es ése el tipo de error del que me preocupo en este momento. Pienso en el sentimiento de todos aquellos que colocaron la esperanza y la salvación en lo que para otros es el “error”. En los que pensaron que habían encontrado el máximo acierto. Y ahora, más allá de lo que suceda cuando esta noche oscura termine de aclarar, se ven a sí mismos cercanos al fracaso; en la impensable derrota. Y no digo en la pérdida de lo obtenido porque nada, o casi nada se ha obtenido. Es la pérdida de la esperanza, el sentimiento de que alguien les ha arrebatado el derecho a sostenerla. ¿Y qué cosa más precaria que ésa?, diría el joven razonable. De precariedad hablamos ciertamente. Es un error interpretar el corazón llegándole solamente a la precariedad, pero el “error” acertó en el blanco. Y para asegurar su acierto, se ensañó en el despropósito de dividir el mundo en los muchos, buenos y precarios, frente a los malos pocos ilustrados. Acertado este inmenso error, era necesario profundizarlo hasta el límite y llevar la ilustración hasta la abyección – el ilustrado como ladrón del pueblo–, la ridiculización, la condenación; si es posible, la eliminación. Un odio profundo al conocimiento o porque no se tiene o porque no ha servido para resolver los “errores”. Más vale todos fracasados en el error que el acierto de algunos. Esa ha sido la consigna.

Nunca habíase visto con mayor claridad lo que es el odio de clase. Y es bueno que lo hayamos visto. No recurramos, por favor, a la bobaliconería de que “eso no pasaba en Venezuela”. “Eso” no es producto del “error”. El “error” no lo inventó, lo encontró. Y ahora vamos a tener que convivir con ello. De aquí en adelante tendremos que tramitar con ese presupuesto porque el fantasma del odio se despertó de lo profundo de la historia: “de la República que pudo ser y todavía no ha sido” (Pino Iturrieta). Y en esta suerte de retruécano decimonónico a que nos ha sometido el “error”, al odio por la ilustración sobreviene el desprecio del ilustrador: “Te educaré, a ver si aprendes”.

Temo mucho que al amanecer todos tengamos ya las respuestas listas, seguros como estamos de los errores y de las soluciones. Temo que no nos demos el tiempo, o más que el tiempo, el paréntesis de la duda de que lo ocurrido sea solamente un “error” que



Controversia

nos tomó desprevenidos. Lo ocurrido era una de las peores consecuencias previsibles de una sociedad fracturada. Y nada más fácil que seguir rompiendo lo ya roto. En eso persistió el “error”. En profundizar los fragmentos, en astillarlos más, a ver si nos rompíamos de una vez. Pero no nos rompimos, ni los unos ni los otros. Por algo será. Y de ese “algo”, sea lo que fuese, tendremos que agarrarnos. En realidad el “error” nos abre un escenario increíble para el acierto. Pero es también un escenario distinto al anterior.

El escenario dividido en “oligarcas” y “soberano” es una caricatura del panorama de las desigualdades. Unas etiquetas perversas que, lejos de contribuir a la solución, han planteado la sociedad como irremisiblemente contrapuesta, han profundizado la fractura por que le han dado peso de identidad. Lo que la sociedad venezolana había avanzado en esa materia, en términos de homogeneizar sus divisiones por medio de la educación y superación de oportunidades, quedó retrocedido porque se estableció, se valoró, se asentó la diferencia, en una suerte de identidad atribuida de modo más o menos errático, y hasta humorístico, como si en el fondo no se quisiera devolver. Como si el “error” consistiera, precisamente, en darle a las heterogeneidades sociales un valor de permanencia, de adscripción, de fijeza, que

hubiesen cobrado fuerza hasta en los emblemas de las franelas. Como si cada quien –dividido en “escuálido” o en “bolivariano”– hubiese encontrado una casilla, una certeza, y hasta un orgullo. Con esta mistificación de las identidades sociales nos vamos a encontrar aunque el “error” haya sido subsanado. Con esta dureza identitaria que es, precisamente, un gran error sin comillas. Pero hacia atrás, al escenario idílico de una Venezuela “sin clases”, igualitaria, que quisiéramos pensar nos espera al fin de la pesadilla, no podemos volver: Liberados e integrados nos desearíamos pero no hay tal. No podremos volver a empezar desde el principio sino desde donde nos agarre la hora. Desde el lugar donde nos deje el “error”.

Nos espera si queremos acertar –y después de tanto error es de suponer que queramos– un problema de restitución que no es solamente educar, proporcionar salud, o empleo. Es decir, es todo eso y de ello pareciera por suerte haber mucha gente convencida; pero es algo más de difícil definición. Una vez el “error” despejado, tendremos que mirarnos las caras, decimos, aquí estamos los mismos, reconozcámonos como parte del mismo paisaje, intercambiamos nuevas valoraciones, finalmente nos necesitamos. (E)

El Nacional, C-12, 15-4-02



Ideario de don Simón Rodríguez

Establézcase una junta que se tittle Inspectora de la Instrucción Primaria. En ella no ha de haber miembros descendientes de Sancho Panza, que digan en sus sesiones: “El mundo ha sido siempre el mismo, y lo será mientras dure”, “Querer corregir el mundo es pretender blanquear a un negro”, “El que se mete a redentor, muere crucificado”, “El que sirve al público, a nadie sirve”, “Para cuatro días que hemos de vivir, demasiado hacemos”, “Vivir y vivamos, y el que venga atrás que arree”, “Mas vale malo conocido que bueno por conocer”, “Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena”, “A donde quiera que fueres haz como vieres”, “Los hombres no son ángeles”, “¡Querer hacer un pueblo de filósofos!”, etc., etc. El que quiera continuar la retahíla, compre una resma de papel.

CONSEJO DE AMIGO – O. C., II, 11-12.

La infancia y la puericia (adolescencia) hacen la cuarta parte de la vida; perdida ésta o mal empleada, tendrá, el que quiera instruirse con perfección, que detenerse en la juventud a hacer estudios de niño.

CONSEJOS DE AMIGO – O. C., II, 15.

Acostúmbrese al niño a ser veraz, fiel, servicial, comedido, benéfico, agradecido, consecuente, generoso, amable, diligente, cuidadoso, aseado; a respetar la reputación y a cumplir con lo que promete. Y déjense las habilidades a su cargo; él sabrá buscarse maestros, cuando joven.

CONSEJOS DE AMIGO – O. C., II, 9.